

El “sí se puede” de Juan Goytisolo

El escritor lanza un guiño al partido de Pablo Iglesias al recibir el Cervantes

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS
Alcalá de Henares

“A la llana y sin rodeos”. Con esta frase cervantina quiso titular Juan Goytisolo uno de los discursos más breves en la historia del Premio Cervantes y, sin duda, uno de los más políticos. En apenas 10 minutos, el escritor, de 84 años, reivindicó sobre todo dos cosas: la justicia social y la cara menos glamurosa del inventor del ingenioso hidalgo. “Volver a Cervantes y asumir la locura de su personaje como una forma superior de cordura, tal es la lección del *Quijote*. Al hacerlo no nos evadimos de la realidad incisa que nos rodea. Asentamos al revés los pies en ella”, subrayó antes de lanzar un guiño al partido que ha revolucionado en apenas unos meses el panorama político español: “Digamos bien alto que podemos. Los contaminados por nuestro primer escritor no nos resignamos a la injusticia”.

En una jornada tan justiciera, Goytisolo dijo sentirse “como [Luis] Bárcenas cuando llega al juzgado” al entrar en el Colegio de San Ildefonso de la Universidad de Alcalá. Tal era la expectación. El novelista barcelonés cumplió con lo anunciado: prescindió del chaqué protocolario, se puso la americana de las ocasiones y una corbata de hace 35 años.

En su novela *Casetas de baño*, la novelista francesa Monique Lange, esposa de Goytisolo, fallecida en 1996, cuenta que entre las intenciones de su marido estaba “conducir la lengua española por el desierto” y “llevar a La Meca a Isabel la Católica”. El sueco evocar el particular sentido de humor de Lange para explicar esas frases, pero lo cierto es que ayer el autor de *En los reinos de taifa* llevó a Felipe VI hasta la

valla de Melilla. Al menos simbólicamente.

Pasaban 11 minutos del mediodía cuando Juan Goytisolo, con la corbata ya descolocada, el primer botón de la camisa desabrochado y la medalla del Cervantes al cuello, subió lentamente al púlpito del paraninfo, abrió una carpeta roja, se ajustó mecánicamente los pantalones y se lanzó a leer las 1.300 palabras de su discurso —unos cuatro folios al cambio de las antiguas pesetas—. Antes improvisó una doble dedicatoria: a su “maestro” Francisco Márquez Villanueva —estudioso de los heterodoxos españoles fallecido hace dos años— y a los habitantes de la medina de Marraquech, que han acogido, dijo, su “incómoda” vejez.

Sin rodeos, pero rodeado de autoridades (civiles y militares), un puñado de amigos y dos sobrinos —Gonzalo y Julia, la famosa Julia de las palabras de su hermano José Agustín—, el autor de *Contracorrientes* subrayó que hoy “las razones para indignarse son múltiples y el escritor no puede ignorarlas sin traicionarse a sí mismo”. Ante el “sombrio” panorama de una crisis triple —económica, política y social— resulta difícil, insistió, resignarse a “la existencia de un mundo aquejado de paro, corrupción, precariedad, crecientes desigualdades sociales y exilio profesional de los jóvenes”.

Por eso quiso imaginar a don Quijote deshaciendo nuevamente “tuerzos” y socorriendo a los “miserables”, es decir, “acometiendo lanza en ristre contra los esbirros de la moderna Santa Hermandad que proceden al desalojo de los desahuciados, contra los corruptos de la ingeniería financiera o, a Estrecho traviesa, al pie de las verjas de Ceuta y Melilla que él toma por encanta-



Juan Goytisolo, entre los Reyes, tras la entrega del Premio Cervantes. / ULY MARTÍN

dos castillos con puentes levadizos y torres almenadas socorriendo a unos inmigrantes cuyo único crimen es su instinto de vida y el ansia de libertad”.

Goytisolo había anunciado que trataría de decir muchas cosas en poco tiempo y cumplió. En sus cuatro apretados folios encontró acomodo a los grandes nombres de su canon particular: Clarín, Francisco Delicado, Luis de Góngora o Manuel Azaña. Sin olvidar a Luis Cernuda, al que citó para hablar de los “vientres sentados”, de esa burocracia oficial empujadora en remover los huesos de Cervantes.

En 2001, Goytisolo publicó

una recopilación de ensayos usando como título la definición de intelectual acuñada por el recién fallecido Günter Grass —*Pájaros que ensucia su propio nido*— y ayer tuvo tiempo también de incluir en su discurso una ración de autocritica. Tras dividir a los escritores entre literatos que “conciben su tarea como una carrera” e “incurables aprendices de escritor”, que la viven como una “adicción”, reconoció que él fue antes lo primero que lo segundo. “Incurri en la vanagloria de la búsqueda del éxito”, dijo sobre los comienzos de su trayectoria —que arrancó como novelista en 1954 con *Juegos de*

manos— y antes de distinguir, citando a Azaña, la “actualidad efímera” de la modernidad atemporal. “La vejez de lo nuevo se reitera a lo largo del tiempo con su ilusión de frescura marchita”, afirmó. “La verdadera obra de arte no tiene prisas: puede dormir durante décadas como *La regenta* o durante siglos como *La lozana andaluza*”. El resto es eso que, por la tremenda, recordó Goytisolo, García Márquez llamó “exquisita mierda de la gloria”.

En un discurso más intenso que extenso, el novelista ponderó la mirada del exilio español frente a “los centinelas del canon nacionalcatólico” y se reco-

bro de la generación del 50. Ángel González, volvería a escribir: *Nada es lo mismo, nada / permanece. Menos / la Historia y la morcilla de mi tierra: / se hacen las dos con sangre: / se repiten. En eso hemos ganado*”, concluyó Wert.

El sutil combate dialéctico

La Reina se mostró intrigada por el enfoque de las crónicas

dio como comida para la hora de los canapés. La reina Letizia se mostró intrigada acerca de cómo los periodistas enfocarían sus crónicas. A don Felipe, en un

aparte, se le intuía preocupado al observar cómo últimamente el lenguaje macarrónico destina la comunicación política, al tiempo que recordaba haber descubierto a Goytisolo con las crónicas sobre Sarajevo que el premiado publicó en EL PAÍS.

Alfonso Guerra, sin necesidad de campaña, calificaba el discurso del escritor de “preciso y conciso”. También observaba, casi cándido, cómo Ángel Gabi-londo o Carmona mostraban sus arritmias nada coordinadas dentro del PSOE cara a las elecciones en mitad del patio alcalaíno y Wert, de cachondeo, presumía ante el director del Cervantes y anterior responsable de la Real Academia, Víctor García de la Concha, de lo poco que se nota en él ese arte de pasar las páginas de sus discursos.

LA CRÓNICA

‘Cervanteando’ con el autor

JESÚS RUIZ MANTILLA

Si a un escritor de primera lo definimos como quien inventa lenguaje, pongamos que Juan Goytisolo cumple con dicho requisito. Ayer, mientras desde el púlpito del Paraninfo de la Universidad de Alcalá lanzaba su discurso de nitroglicerina, esgrimió un verbo propio: “*Cervantear*”. No se dedicó a otra cosa que a aplicarlo el premiado de 2014. Y no extraña que en ese mismo momento, mientras lanzaba obuses contra la realidad de una España presente que no le gusta, se sintiera como dijo al salir, “desdoblado”,

después de haber pronunciado sus palabras ante miembros de una clase política que, como mínimo, le repatea.

Cervantear, sin que conste una definición en el diccionario, podría ser lo que vino a hacer el autor de *Señas de identidad* cuando denunció el panorama a nuestro alrededor resulta sombrío: “Crisis económica, crisis política, crisis social. Más del 20% de los niños de nuestra marca España vive hoy bajo el umbral de la pobreza”. No *cervantear*, en cambio, o *sanchear*, si se quiere, viene a ser lo que en su mundo de color el ministro Wert soltó a

modo de *laudatio*, cuando, echando mano de dos descomunales poemas muertos con la intención de tergiversarlos, aseguró que hoy Gil de Biedma “no tendría la tentación de escribir versos como *De todas las historias de la Historia / sin duda la más triste es la de España, / por que termina mal*”.

No contento con revolver en la tumba al tío de su seguramente adorada Esperanza Aguirre —el poeta antes mencionado—, también entró a profanar en esa misma línea abortiva a un noble y limpio compañero de camada: “Ni otro destacado miem-